

EL COSTE DEL HONOR

UN RELATO CORTO DE JONATHAN MABERRY

ESCRITO POR
JONATHAN MABERRY

ILUSTRACIÓN POR
SURFSIDE 3D

DIRECTORA SÉNIOR, DESARROLLO DE HISTORIA Y FRANQUICIA
VENECIA DURAN

MÁNAGER SÉNIOR, TEXTOS Y LIBROS
MATTHEW COHAN

SUPERVISIÓN EDITORIAL
CHLOE FRABONI

EDITORA SÉNIOR
MEGAN WALKER

ARTISTA DE MARCA SÉNIOR
SOPHIE ERB

PRODUCTORA SÉNIOR
BRIANNE MESSINA

PRODUCCIÓN
CARLOS GARCIA RENTA, TAKAYUKI SHIMBO

EQUIPO DE CONSULTORÍA SOBRE EL JUEGO
RAPHAEL AHAD, JOSHUA GREENFIELD, PHILLIP HILLENBRAND, JR., EVAN LEE, CHRIS METZEN, STACEY PHILLIPS, KOREY REGAN

ASESORÍA DE TRASFONDO
SEAN COPELAND

TRADUCCIÓN
VICENT TORRES DOMENECH, PABLO BARROSO GALLARDO

BLIZZARD ENTERTAINMENT

Blizzard.com

© 2026 Blizzard Entertainment, Inc. Blizzard y el logotipo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los EE. UU. u otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son productos de la imaginación del autor o artista, o se utilizan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas (vivas o muertas), negocios, eventos o ubicaciones reales es fruto de la casualidad.
Blizzard Entertainment no controla ni asume ninguna responsabilidad sobre los sitios web y contenidos de los autores o terceras partes.



EL COSTE DEL HONOR

—Poneos cómodos junto al fuego —dijo Demar Brant, señalando los troncos dispuestos en semicírculo.

Sobre ellos se cernía un cielo enfurecido que arreciaba con rayos y truenos, pero el abrazo de los árboles los protegía. Brant, capitán caballero del Castillo de Farholde, se quedó sombríamente ensimismado por un instante. El tintineo de las llamas resaltaba los contornos de todas las cicatrices obtenidas batalla tras batalla.

—Todos habéis escuchado las canciones sobre batallas y victorias —empezó—. Y creéis conocer la verdad tras esos relatos.

Sonrió levemente.

—Pero solo sabéis algunos fragmentos de la historia de Clarofluvial. Cuentos narrados alrededor de hogueras como esta —Hizo una pausa y negó con la cabeza—. Pero las historias cambian al contarlas. Lo único que realmente importa es la *verdad*

Los truenos retumbaban en las alturas como rugidos de gigantes.

—Cuando observéis los rostros de los ancianos de la hermandad..., aseguraos de estudiar las líneas de sus rostros, cortados por el tiempo y los filos, pues son un mapa viviente del viaje de nuestra gente, de las batallas luchadas, de las penurias soportadas y





de los riesgos asumidos.

Vio que algunos de aquellos semblantes jóvenes asentían.

—Para proteger a los nuestros y garantizar que cada uno de vosotros estuviera a salvo, la hermandad ha tenido que correr grandes riesgos. ¿Acaso no rompimos con Ventormenta y la Alianza para hostigar a los restos de la Horda a la fuga tras el Asedio de la Cumbre de Roca Negra? Decisiones como esa ensombrecen profundamente las vidas de todos y cada uno de nosotros, pero en esas sombras también resistimos. A veces, lo que se *dice* que es lo correcto no lo es tanto: algunas decisiones son demasiado cautas y no tienen muy en cuenta las consecuencias futuras. Supimos verlo y pasamos a la acción, por temor a que la Horda se extendiera como una plaga por el mundo.

Negó con la cabeza y sonrió.

—Haceos esta pregunta: ¿acaso un juramento vale más que las vidas de aldeanos y campesinos inocentes? Si el respeto y la confianza de la Alianza son más importantes que las vidas de los que dependen de nosotros, ¿en qué nos convierte eso? *¿Qué* somos?

—Habéis oído partes sueltas sobre el Asedio de la Cumbre de Roca Negra, uno de esos momentos sobre los que gira la historia de muchas culturas. Aquella batalla enfrentó a la noble Alianza de Lordaeron contra el poder en apariencia arrollador de la Horda de los orcos, liderada por Orgrim Martillo Maldito.

—¿Era Martillo Maldito tan feroz? —preguntó un muchacho.

—Tan feroz como su nombre sugiere.

—¿Por qué luchaban?

—Cada bando combatió por aquello en lo que creía. Eso provocó que cada uno sintiera que su causa era la justa. Tal vez en algún salón orco, alguno de sus ancianos esté contando ahora mismo esta historia desde otra perspectiva.

—Pero *¿por qué* luchaban? —cuestionó una chiquilla.

—¿Por qué lucha la mayoría de las personas? Por poder. Por rutas comerciales. Por la tierra —contestó Brant—. La Horda quería acabar con nosotros, *matarnos de hambre* y quedárselo todo para ellos. Vinieron a Azeroth como enviados de esos demonios de la Legión Ardiente. Creen que lo que puedan obtener mediante el asesinato les corresponde por derecho.

Hubo escalofríos y susurros temorosos.

—Bien —continuó—, cuando Martillo Maldito acabó con Anduin Lothar, por

lógica, la guerra tendría que haber acabado ahí. Y cierto es que muchos de los soldados de la Alianza sintieron que su coraje se desvanecía junto con la energía vital de Lothar.

Vio ojos bien abiertos en torno a él, bocas abiertas en mudos «oh», rostros pálidos por miedo a sus palabras. Mas Brant sonrió.

—Las guerras se pueden perder en un solo instante —siguió—, pero la victoria también se puede arrancar de entre los dientes de los dragones. La guerra, como la vida, es caprichosa. Tan cambiante como las nubes.

—¿Qué *pasó*? —preguntaron inclinándose hacia delante.

—Los ejércitos puede que sigan a un gran héroe, pero eso no significa que no haya otros héroes entre sus filas. No, para nada. Cuando Lothar cayó, el paladín Turalyon se alzó. Había aprendido mucho como lugarteniente de Lothar y, ante la necesidad, encontró en su interior la fuerza necesaria para liderar y la sabiduría suficiente como para tomar decisiones críticas.

Entonces describió cómo Turalyon, un caballero de la Mano de Plata, reunió a las vacilantes fuerzas de la Alianza y recurrió a sus propios poderes sagrados. Una luz fortalecedora emanó de él y sirvió como faro para reavivar el coraje en los corazones de los soldados. Y así, estos también se alzaron.

—Tomaron las armas que sus temblorosas manos habían dejado caer —dijo Brant— y siguieron a Turalyon, quien blandía la espada rota de Lothar en una mano y su gran martillo en la otra.

—¿No llevaba escudo? —gritó uno de los niños.

—¡Ja! No. Orgrim Martillo Maldito lo partió antes de matar a Lothar, pero ¿detuvo eso al paladín? No, pequeño, *no* lo hizo. El paladín juró ante ambos ejércitos y los mismísimos cielos que vengaría a su señor. Martillo Maldito se rio en su cara y atacó con su gran martillo. Turalyon se mantuvo firme y, con aquella espada quebrada, hizo caer de rodillas a Martillo Maldito.

—¡Bien! Me alegro de que matara a esa bestia verde —chilló un chico, pero Brant le mandó callar.

—Shh. No te mofes de nuestro enemigo. Nuestra gloria se mide por el valor necesario para enfrentarse a esos demonios. Turalyon dejó inconsciente al jefe de guerra orco. A continuación, el paladín y sus camaradas se congregaron para hostigar a los orcos. Los derrotaron, pero no los mataron a todos. En lugar de eso, los encadenaron, y a


BLACKROCK
MOUNTAIN
TWILI
SHRO


KROL'DOK
STRONGHOLD
SUNNYGLADE
POWDERFUSE
POINT

Martillo Maldito también. —Hizo una pausa—. La Horda es malvada, sí, pero también es feroz. Incluso ellos se merecen ese nivel de respeto.

Observó sus miradas mientras los niños susurraban entre sí o rumiaban las semillas de la comprensión en sus propios pensamientos.

—¿Fue así como acabó la Segunda Guerra? —preguntó un muchacho que había permanecido callado hasta ese momento.

—No. Hubo más batallas, algunas tan grandes como esa —contestó Brant —. Pero el Asedio de la Cumbre de Roca Negra fue crucial. Si hubiéramos perdido allí, lo más probable es que hubiésemos perdido la guerra entera y el mundo sería muy distinto ahora.

Se echó hacia atrás y después habló de la guerra misma. No la alabó, pero explicó que era un mal necesario en un mundo tan complejo.

—Las guerras nos exigen mucho y, cuando respondemos a esa llamada, se revela mucho sobre nosotros. Cuando Lothar recurrió a los demás en busca de ayuda, muchos no respondieron. El miedo los mantuvo en sus casas, acurrucados tras puertas cerradas con llave. En cambio, los caballeros que sí acudieron cabalgaron para hacer de escudo entre todo su mundo y la Horda.

Habló sobre las muchas razas que luchan por la tierra y los recursos. La Alianza, la Horda, los ogros y otras, y les contó que la *necesidad* no es maligna, aunque con frecuencia algunos de los métodos utilizados para saciarla sí que lo son.

—Y existe gente avariciosa cuyos métodos suelen ser crueles y salvajes.

—¿Como el Martillo Crepuscular? —preguntó uno de los más mayores.

—Oh, sí. Se deleitan en tomar lo que no es suyo para reivindicarlo como propio. Clarosol es uno de esos lugares, y su recuerdo se clava como un cuchillo.

Pero entonces sonrió y abrió ampliamente los brazos.

Mas aquí estamos..., en el Castillo de Farholde —gritó—. Un hogar seguro para nosotros. Sus murallas y los soldados que las vigilan nos mantienen a salvo, y, lo que es más importante, seguimos *juntos*.